

LA DESCOMPRESION

Un pequeño paso hacia la democracia

El término español actual «apertura» tiene en Brasil un equivalente con la palabra «descompresión». La descompresión política como objetivo apadrinado por el Gobierno de los militares —Presidente, general Ernesto Geisel; vicepresidente, general Pereira dos Santos— para conseguir una cierta progresión democrática. Se comparó a Geisel con Spínola (aunque evolucionista, en lugar de golpista), y se decía en Lisboa, en las fechas próximas al movimiento de abril, que Spínola contaba con Geisel para su imaginaria federación de Portugal, las colonias africanas y el Brasil. La descompresión acaba de dar un resultado importante: En las elecciones legislativas del 15 de noviembre, cuyos resultados finales se han comunicado con retraso, la oposición democrática, el MDB (Movimiento Democrático Brasileño), ha obtenido unos resultados excelentes sobre el partido oficialista, ARENA (Alianza de Renovación Nacional): 61 por 100 de los votos en el Senado, donde obtiene 16 escaños de los 22 que salían a elección (un tercio del total de la Cámara Alta); 162 diputados en la Cámara Baja, contra 202 para el ARENA. Aún minoritario, el Movimiento Democrático tiene ya el 45 por 100 de los escaños y una movilidad parlamentaria considerable (basta un tercio para poder formar comisiones de investigación y encuesta).

No hay que pensar en una oposición en los términos clásicos occidentales. El MDB representa una izquierda moderada dentro del propio Régimen: una opción que tiene el grupo militar para gobernar al país de una manera diferente de la actual, pero obtener una mejor imagen en el extranjero y buscar unas fórmulas económicas más viables (uno de los países más ricos del mundo, la pobreza sigue siendo medieval, casi prehistórica, en algunas zonas enormes, y aun en las mismas «favelas» que rodean la ciudad de Río de Janeiro y los otros grandes conglomerados urbanos). El partido MDB se ha apresurado a explicar que su victoria en los comicios y sus fines como grupo parlamentario no suponen «ni un deseo de revancha ni una voluntad de regresar al período anterior a 1964» (en marzo de 1964, los militares tomaron el poder después de las Presidencias izquierdistas de Quadros y de Goulart, condenadas por los Estados Unidos).

En 1964, los militares, que nombraron Presidente al mariscal Castelo Branco, anunciaron que permanecerían en el poder únicamente

diez años: los que consideraban necesarios para, según su programa y sus deseos, restaurar el orden económico y político en el país. Desde entonces, los Presidentes se han ido sucediendo por cooptación entre los altos jefes del Ejército: Costa e Silva, Garrastazu Médici... Siempre por cooptación, al cesar Garrastazu Médici designó sucesor al general Ernesto Geisel: uno de esos militares latinoamericanos de la línea alemana (como Banzer, que con tanta frecuencia se izan al poder. Geisel nació en el Brasil, pero sus padres eran colonos alemanes en Río Grande do Sul. Geisel tenía fama de hombre abierto y dialogante, de liberal a la manera de los Estados Unidos (en cuyas Academias Militares se formó, tras el paso necesario por las Escuelas de Guerra del país, junto con su hermano Orlando, hoy ministro del Ejército). Ya el propio Garrastazu Médici había anunciado, al tomar posesión en 1969, sus deseos de democratizar el país y llegar a compartir el poder con los civiles. Según él, dos razones mayores se lo impedían: las dificultades económicas (los militares no consiguieron detener la inflación galopante, aunque sí reducir algo su paso) y el terrorismo de izquierda, últimamente más acallado, pero que realizó algunos actos espectaculares en los tiempos de izquierda, que es uno de los más numerosos del mundo —300 obispos—, toma continuamente parte en la situación nacional, en defensa de las libertades cívicas y de los ciudadanos pobres. Sus palabras no son vagas ni alusivas, sino directas: en la Conferencia Nacional de Obis-

pos de febrero de 1973 se condenó claramente «la política de represión del Gobierno»; pocos días después, Garrastazu respondía con un discurso en el que advertía que el poder está dispuesto a ejercer «la autoridad indispensable para destruir implacablemente a todos aquellos que se opongan a la política gubernamental».

El nombramiento de Geisel parecía un paso a la democracia, pero el del vicepresidente resultaba ser contradictorio: como si se quisiera evitar que Geisel fuese más allá de lo previsto. El general Adalberto Pereira dos Santos era en ese momento presidente del Tribunal Superior Militar, y uno de los más duros de entre los que forman la Junta. Se explicó entonces que el cambio presidencial suponía que «no habrá la más leve desviación de la filosofía económica, política y social del orden revolucionario».

¿Hasta qué punto es una desviación haber permitido estas elecciones, haber permitido que el partido de la oposición las gane? Probablemente, no es más que una comodidad gubernamental para buscar formas más fáciles de gobierno. El propio partido oficialista ha saludado con regocijo este éxito de los que habían sido y teóricamente son sus adversarios. El diputado gubernamental Etelvino Lins —antiguo gobernador de Pernambuco— ha dicho que «la revolución corría un riesgo grave si retrasaba la democratización»; otro diputado oficialista, Faria Lima, dice que «el Gobierno tiene ahora un apoyo popular para tomar las medidas que se imponen para intensificar el consumo interno y elaborar una tecnología nacional». En estas últimas palabras se contiene el programa de los gobernantes militares, que, además de la descompre-

sión política, buscan la ampliación de los mercados internos y la racionalización de la economía; bajo estas palabras se encuentra la necesidad urgente de mejorar el nivel de vida y de valorar las enormes riquezas del país por medios propios, sin dejarlos en manos de las grandes empresas extranjeras.

Además de todo lo que no significa este progreso de la oposición segregada por el propio Régimen, hay unas cuantas cosas que sí significa. Una de ellas es la cantidad de votantes, enormemente mayoritaria, que ha tenido un partido que se presentaba con la etiqueta de democrático, indicativo del estado de la opinión pública y de cómo sería el resultado de unas elecciones realmente libres y con una amplia campaña de propaganda política. Otra es que los militares de la línea dura están en minoría, o por lo menos que su influencia ha cambiado de una manera decisiva en los últimos tiempos. La tercera es que para que esta oposición domesticada sirva para los fines con que ha sido creada, tiene realmente que suministrar una imagen democrática, o casi democrática, del país.

Quizá Geisel esté dando ahora su primer paso, apoyado por sus compañeros militares, para un verdadero cambio en la faz del Régimen. Esto constituiría un cambio muy importante en el equilibrio político del cono Sur, donde el gigante brasileño ejerce un peso muy considerable. Hay que tener en cuenta la enorme influencia que ejercen hasta ahora los Estados Unidos sobre la política brasileña: si en los próximos meses se opera un cambio mayor y visible, será síntoma de que los Estados Unidos están reconsiderando sus formas de acción política sobre América. ■



De izquierda a derecha, Costa e Silva, Garrastazu Médici y Ernesto Geisel.